ADMINISTRACIÓN LÍRICO - DRAMÁTICA
DE
HIJOS DE E. HIDALGO, EDITORES.
MAYOR, 16, entresuelo.=MADRID.

LA PENITENCIA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

estrenado con gran éxito
el dia 2 de Septiembre de 1899, en el TEATRO PRINCIPAL de Cádiz,

original de

Pedro Riaño de la Iglesia.





CÁDIZ 1900.

TIPOGRAFÍA DE LAS HIJAS DE NIEL, Á CARGO DE MANUEL POTTIERS
2. CALLE Y PLAZA DE SAN FRANCISCO, 2.

LA PENITENCIA

ADMINISTRACIÓN LÍRICO - DRAMÁTICA
DE
HIJOS DE E. HIDALGO, EDITORES.
MAYOR, 16, entresuelo.=MADRID.

LA PENITENCIA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

estrenado con gran éxito
el dia 2 de Septiembre de 1899, en el TEATRO PRINCIPAL de Cádiz,

original de

Pedro Riaño de la Iglesia.



CÁDIZ 1900.

TIPOGRAFÍA DE LAS HIJAS DE NIEL, Á CARGO DE MANUEL POTTIERS
2. CALLE Y PLAZA DE SAN FRANCISCO, 2.

PERSONAJES.

DOÑA ANACLETA	*Sra.*	*Losada,*	*D.ª*	*Amalia.*
MARÍA	*Srta.*	*Cano,*	„	*Luisa.*
ROSA	„	*Alcoba,*	„	*Josefa.*
ENRIQUE	*Sr.*	*Navas,*	*D.*	*Enrique.*
D. BIENVENIDO.	„	ESPEJO,	„	*Manuel.*
JUANITO.	„	*Rodrigo,*	„	*Francisco.*
EL MORRALETE.	„	*Corregel,*	„	*Manuel.*

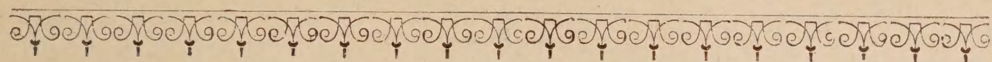
Época actual.

(Derecha é izquierda, las del expectador).

Al Sr. D. Manuel Espejo:

Testimonio de consideración y cariñosa muestra de afecto al distinguido primer actor que de manera tan magistral supo dar calor y vida á los personajes de este modesto ensayo.

El Autor.



Gabinete decentemente amueblado.

Puerta al fondo y dos á cada lado. En primer término, á la izquierda, mesa con periódicos y objetos de labor; á la derecha un veladorcito; al fondo muebles con espejos.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE Y D.ª ANACLETA, sentados junto á la mesa.

ENR. ¿Y qué tal su educación?
D.ª ANAC. Puedes estar satisfecho; (Haciendo labor).
tan completa y acabada
como fuera tu deseo.
ENR. ¿La ilustraron mucho?
D.ª ANAC. Si,
que fué siempre en el convento
sumamente laboriosa
según la madre Loreto
me dijo; y pasó los años
en oración ó leyendo
de los padres de la Iglesia
los más renombrados textos.
El kempis... Fabiola... El Ancora
de salvación...
ENR. —Muy bien hecho.
D.ª ANAC. *La alfalfa espiritual...*
ENR. ¿Como?
D.ª ANAC. —*para los borregos*
de Cristo.
ENR. —(No sé que alfalfa
fuera esa que le dieron.)
D.ª ANAC. Además, lo he apreciado,
su memoria es un portento:
de la *Suma* solamente
recuerda muchos ejemplos.
ENR. ¿Tan solo aprendió á sumar?

D.ª ANAC. A la *Suma* me refiero
de Santo Tomás.
ENR. —Pues qué,
¿fué ese doctor tan excelso,
matemático?
D.ª ANAC. —*La Suma*
Teológica.
ENR. —Ah, ya recuerdo.
(Una *suma* que, por poco,
me *resta* tan buen concepto
como el que de mi has formado.)
D.ª ANAC. De otras virtudes no hablemos;
ella aprendió las labores
que son propias de su sexo
y esos estudios de adorno
y esas artes de recreo
que hacen amar el trabajo
sin darle fatiga al cuerpo.
ENR. —¿Música?
D.ª ANAC. —Canta muy bién.
ENR. ¿Francés?
D.ª ANAC. —Lo habla con esmero.
ENR. ¿Dibuja?
D.ª ANAC. —Con corrección.
ENR. —¿Toca el piano?
D.ª ANAC. —Ya lo creo;
solo de modas no entiende
ni muestra tampoco empeño;
dice que estando aseada
lo demas es muy supérfluo.
ENR. En fin, querida tutora,
que al seguir sanos consejos
si con mi deber cumplí
tan solo á usted se lo debo.
Porque de aquí no se borra, (Del corazón)
aunque los años corrieron,
lo que por mi hermana y yo
al vernos solos y huérfanos
hizo usted.
D.ª ANAC. —Pues nada, hijo,
no hice nada de provecho.
Me limité solamente
á aceptar el nombramiento
de tutora y curadora
de dos tan lindos polluelos,
y así pasaron los dias
de juveniles ensueños.
Hoy, al cabo de los años,
sola y viuda me encuentro;
mas al recibir tu carta
y el galante ofrecimiento
de que en la casa viviera

de este mi pollo travieso
que al ser de mayor edad
ya no le ví más el pelo....

ENR. Más de un año estuve ausente.

D.ª ANAC. No dudé; me dije: acepto;
al punto fuí por María
que es todo un angel del cielo
y hemos estado impacientes
esperando tu regreso.

ENR. Aquí estoy ya.

D.ª ANAC. —Sí y casado
y tan sanote y apuesto.

ENR. La vida del matrimonio
no es la misma del soltero.
(Con dos años de esta vida
de fijo entrego el pellejo).

D.ª ANAC. Ea, ya hablamos un ratito.

ENR. Que fué para mí un momento.

D.ª ANAC. Pondremos punto final;
echo la labor al cesto, (Hace lo que indica).
me retiro por... el foro
y vóime para allá dentro
si no mandas otra cosa.

ENR. Usted me manda.

D.ª ANAC. —Hasta luego
Enrique.

ENR. —Doña Anacleta,
siempre á sus órdenes quedo;
Id con dios.

D.ª ANAC. —Y con María.
(¡Qué inocentote y qué bueno!) (Vase).

ESCENA SEGUNDA

ENRIQUE solo.

Dijo mi buena ex-tutora
que estoy casado y sanote;
¡Ay Enrique! Este es un... mote
que te ha puesto la señora. (Representando lo que dice).
—Se va usted mojando.
—Sí
¿y á usted qué le importa?
—Nada,
pero yendo tan mojada
no llegará á Chamberí.
—De veras.
—Es que la sal
con agua lluvía no se hace
—*Pus* á mí no me deshace

ni *er deluvio* universal.
Sal la llamé por fineza
dijera de buena gana
sal... pero por la ventana
aunque salgas de cabeza. (Transición.)
Fué este de ajedrez un juego.
Yo muchos *jaques* le dí;
de mis casillas salí
y no pude tornar luego.
Anduve de ceca en meca
sin esperar rudo ataque.
¡Al recordar aquel jaque
siento que me da jaqueca!
Un hermano fué... el alfil
que agravó mi situación;
y el padre que era un peón...
era un peón de albañil.
Este fué quien me dió un mate...
quedé vencido y maltrecho.
Diremos: «A lo hecho pecho.» (Coge el sombrero.)
«Paciencia y engurruñate.» (Váse por el foro.)

ESCENA TERCERA

MARÍA sola.

Sale (2.ª puerta izquierda.) Vestida de educanda, trenzas colgando, etc. Leyendo en una hoja de almanaque de pared.

Meditación del dia.

«Qué de encanto y dulzura
presta á la vida el religioso celo.
Cuán triste el corazón que en su amargura
no logra adivinar el bien del cielo.
Hoy, cristiano lector, si para el alma
quieres lograr la codiciada palma,
reconcentra tu espíritu obcecado
y piensa en el pecado.»
«Penitencia. No comer nada
entre horas. ni dulces.» (Con mucha inocencia.)
Es un tema difícil; cada dia
pone en torturas la ignorancia mia
este almanaque ameno
de máximas morales siempre lleno
y que se jacta ufano
de ser regla de todo fiel cristiano. (Pausa. Meditando.)
A Inés el padre Arturo
le dijo la otra tarde en el recreo,
que el corazón más puro

se pone cuando peca muy obscuro
así, como el color del chocolate;
y porque Inés, más roja que un tomate,
le preguntó al momento,
¿color del chocolate del convento?
se lo contó á Sor Ana
que la tuvo en castigo una semana.
Y el padre Cabritilla
nos dijo en un sermón muy celebrado
que los siete pecados capitales
y todos los veniales
si Eva los dió á comer en la manzana,
no fué con mala idea,
Eva no era capaz de acción tan fea.
Como á Adán le faltaba una costilla
el pobre se encontraba delicado
y ella le daba de comer de todo
entregada celosa á su cuidado.
Y es natural, tragando de aquel modo,
también tragó el pecado.
¡Qué impresión de tristeza
tendrá el alma á quien Dios faltas inculpa!
Pensando así se pierde la cabeza.
Miserere. Mea culpa. (Reza en el devocionario.)

ESCENA CUARTA

María y Rosa

Rosa. (Desde la puerta primera derecha).
—Vamos, no pierdes el tiempo.
Qué religiosa.
María. —Mil gracias.
Rosa. ¿Qué oración rezas? (Adelantando.)
María. —Del coro
una que ahora recordaba.
Rosa. De seguro que las monjas
te echarán mucho en su casa
de ménos.
María. —Es natural
y yo allí tambien estaba
muy contenta.
Rosa. —La costumbre
de hallarte siempre encerrada.
(Doña Anacleta se asoma, primera puerta izquierda.)
En cuanto vengas conmigo
dos veces á la semana
por lo menos al teatro,
ya no tendrás tantas ganas
de rezos y de oraciones

propios para sacar ánimas
y olvidarás el convento
desde el torno á las campanas.

MARÍA. No lo crea usted, que allí
tambien se representaban
funciones; y yo he salido (Con viveza.)
más de una vez á las tablas
en *El portal de Belén*
haciendo de una aldeana
y también en *Los Pastores
de Belén.*

ROSA. —Vaya una gracia;
Siempre estabas en Belén.

(Doña Anacleta acompaña esta escena con mímica que exprese contrariedad, impaciencia ó asombro según el diálogo.)

MARÍA. No, que en otras muchas farsas
hice diversos papeles
como en *La casta Susana*
Las reglas del catecismo,
Pedro de Luna, antipapa,
El jigante Goliat,
Las tres potencias del alma,
El rabo de Lucifer
y *No veo la tostada.*

ROSA. Eso te iba yo á decir.

MARÍA. ¿Que iba uste á decirme? (Con candor.)

ROSA. —Vaya,
que de tan buen repertorio
no he visto ni una palabra.

MARÍA. Si todas esas comedias
las escribe el padre Pávias,
un señor de muchas luces.

ROSA. (Pues parecerá una lámpara),

MARÍA. y de profundos estudios;

ROSA. (y de narices muy largas
á juzgar por su apellido,

MARÍA. Es nuestro padre de almas;
ahora está poniendo en verso
los anales de los papas
desde San Pedro á León XIII;
¡ya ve usted que obra tan magna!

ROSA. Lo será; pero de fijo,
de fijo que más te agradan
otras obras más alegres
y con muchas *cercunstancias*
que ya verás en Apolo,
en la Zarzuela ó Eslava,
y así aprenderás canciones
que no parezcan plegarias
y sabrás el *cante jondo*
al compás de la guitarra.

MARÍA. ¿Tan profundo es ese canto?

ROSA. ¡Como que sale del alma!
Y podrás lucir tu aquél
y tu sandunga y tu...

MARÍA. (Interrumpiéndola.) —Hermana,
eso de lucir mi aquél
debe ser cosa muy mala.
(Santiguándose. Doña Anacleta se santigua también.)

ROSA. ¡Válgame Dios qué inocencia!
El aquél, hija, es la gracia;
cuando Enrique era mi novio
al taller me acompañaba
en algunas ocasiones.

MARÍA. ¿Al taller? ¡Jesús!

ROSA. —¿Qué pasa?
(Ahora sí que me he lucido
y he tirado de la manta).

MARÍA. ¿A qué taller iba usted?
¿Y Enrique la acompañaba?

ROSA. Pues, hija, al de la modista
yendo también mi criada.
(La modista, criada y yo
eran la misma muchacha).

MARÍA. Ah, ya á mí me parecía...

ROSA. Bien; pues siempre me rogaba
cuando íbamos por la calle
que la letra le enseñara
de su canción favorita
y yo se la recitaba
bajito.

MARÍA. —¿Logró aprenderla
de memoria?

ROSA. —Y olvidarla
quiso luego, más no pudo;
se le quedó tan grabada
que después de ser mi esposo
siempre me la recordaba.

MARÍA. ¿Será bonita, verdad?
¿Cómo es?

ROSA. —Vén á escucharla.

ESCENA QUINTA

MARÍA, ROSA y DOÑA ANACLETA.

D.ª ANAC. (Saliendo precipitadamente.)
—Mariquita.

MARÍA. —Qué.

D.ª ANAC. —Hija mía.
ha tiempo las doce han dado
y de fijo has olvidado

rezar el *Ave María*
y tus demás oraciones.

MARÍA. ¿El *Angelus* ya?

D.ª ANAC. —¿Lo ves?
Hoy no has tenido interés
en cumplir tus devociones.

MARÍA. Me entretuve...

D.ª ANAC. —Lo he oido:
con cancionetas profanas
se te han quitado las ganas
de rezar.

ROSA. —Yo sola he sido
la que la distrajo un poco
y en ello que hay mal no veo.
Pasar el rato.

D.ª ANAC. —Lo creo:
pero bien no lo hay tampoco.
Anda y á tu cuarto vé.

MARÍA. Usted no viene hácia allí. (Compungida.)

D.ª ANAC. Como no fuiste por mí
también yo sola recé.

MARÍA. (Mientras vá á su cuarto.)
(Parece que está enfadada;
algo luego ha de decirme.
Pues no debe de reñirme
por causa de mi cuñada.)

ESCENA SEXTA

DOÑA ANACLETA y ROSA.

ROSA. (Sentándose junto al velador de la derecha.)
—¡Qué genio tiene la vieja!
(Tararea algunas notas de canción popular.)

D.ª ANAC. (Sentada junto á la mesa de la izquierda, haciendo labor y mirando fijamente á Rosa.)
—¿Usted donde se educó?

ROSA. Es solo curiosidad
ó va uste . hacerme el padrón.

D.ª ANAC. No soy del Ayuntamiento.

ROSA. Como así lo preguntó
con cierto mando, creí
que era de su obligación
averiguar...

D.ª ANAC. —Y en efecto
no se halla usted en un error.
Es mi deber inquirir
en qué colegio aprendió
que era lícito arrancar
á una jóven el candor

de su frente y la inocencia
de su tierno corazón.

ROSA. No sea ponderativa.

D.ª ANAC. Cómo, ¿que exagero yo?
¿Va uste á negar que, ahora mísmo
iba á oir una canción
de esas que llaman flamencas
aunque de Holanda no vió
ni las costas? De pensarlo
casi me da un torozón.

ROSA. *Pus* tranquilícese usted
que le puede dar y no
quiero verme en ese apuro.

D.ª ANAC. (¡Ay, qué mujer tan atroz!
Esta muchacha no tiene
ni pizca de educación.)

ROSA. Además no sé qué *infundio*..!

D.ª ANAC. ¿Éh?

ROSA. —Eso que se le metió
en la cabeza; si aquí
charlamos algo las dos
debe usted de agradecerlo.

D.ª ANAC. ¡Claro, y pedirle perdón
por haberla molestado!

ROSA. Vaya, molestarme yo...
Molestia la de María
siempre en eterna oración.
siempre rezando *laitines*,
siempre contemplando á Dios.
¡Si la están dejando mema
á fuerza de religión!

D.ª ANAC. (Indignada.)
—Calla, lengua viperina,
calla y no insultes á Dios: (Reponiéndose.)
¿Qué quiere usted, que la eduque
para que luzca su voz
con chabacanas coplejas
de esas que usted aprendió
que harían ruborizarse
quizás á un guarda-cantón?

ROSA. (Levantándose.)
—Si me sigue así insultando
le tiro este velador.
(Vaya con la vieja bruja.)

D.ª ANAC. ¡Bruja! Pierdo la razón (Levantándose.)
¡mujer sacrílega, infame!

ROSA. ¡Mamarracho!

D.ª ANAC. —¡Culebrón!
Le voy á clavar las uñas. (Sale María.)

ROSA. ¡Vaya usted mucho con Dios!

(Váse á su cuarto y cierra con violencia.)

ESCENA SÈPTIMA

DOÑA ANACLETA y MARÍA.

D.ª ANAC. Ay, yo me siento muy mal. (Lloriqueando.)
MARÍA. Pero, por Dios, ¿qué ha pasado?
D.ª ANAC. Que esa mujer infernal
ahora mismo me ha insultado.
Me llamó bruja .. ¡Animal.
Y mamarracho... jí, jí.
MARÍA. Jesús, no llore usted así (Compungida.)
que yo también me acongojo
y ya tengo malo un ojo
de lo que he llorado allí,
D.ª ANAC. Quise advertirle que era
su proceder muy ligero;
se puso como una fiera
y con un tono altanero
y de muy mala manera
me dijo:—Usté á María
la tiene mema. ¡Tunante!
MARÍA. No haga usted caso.
D.ª ANAC. —Creería
que verte le gustaría
en algún café cantante.
MARÍA. Vamos, eso nada fue.
D.ª ANAC. Bruja, ponerme ese mote
horrible...
MARÍA. —Olvídelo uste
D.ª ANAC. (A la puerta de Rosa.)
—Adios, Judas Izcariote
(Mientras va á su cuarto, 1.º izquierda.)
Ea, ya me desahogué.

ESCENA OCTAVA

MARÍA sola.

Por mi causa han reñido
mi tutora y mi hermana,
y se han dicho después mil sinrazones;
ay, la soberbia insana
es dueña muchas veces del sentido
y entrega la mujer á las pasiones.
Pulvis eris mujer, y los humanos,
un montón nauseabundo de gusanos.
Porque yo no pecara
han pecado las dos y, cosa rara,
aunque miro brillante mi inocencia

sus pecados remuerden mi conciencia.
A Dios en desagravio
otra oración pronunciará mi labio. (Vase á su cuarto.)

ESCENA NOVENA

ENRIQUE y JUANITO

Por la puerta del foro. Enrique trae una caja de dulces envuelta en un papel.

ENR. —Pasa.
JUAN. —Pasa.
ENR. —Tu primero.
JUAN. Caramba y que alegre, chico,
estoy al volverte á ver.
ENR. Yo también he recibido (Deja la caja en el velador.)
un alegrón de primera.
Conque, ya sabes, insisto
en todas mis peticiones.
JUAN. No hay más que hablar; te repito
que con todas me conformo;
voy á mi casa y aviso
que á comer me han convidado;
que no me esperen; prosigo
mi itinerario y despues
que á la calle Leganitos
llegue, siguiendo tus señas,
encontraré á D. Basilio:
le pregunto de tu parte
si esos cortes de vestido
que esperaba de Paris
llegaron ya á su destino.....
ENR. —Según me dice en su carta
los esperaba el domingo.
JUAN. —Y que te mande le encargo
el crema color subido.
¿Eh, qué tal?
ENR. —Buena memoria
y un don de agradar que envidio.
Dile que es para un obsequio
que tengo que hacer hoy mismo.
JUAN. —Perfectamente: enseguida
hago otros dos encarguitos
que mí familia me ha dado
y estoy de vuelta en dos brincos.
ENR. No vayas á tardar mucho,
hay que comer tempranito
para después de comer
dar un vistazo al Retiro
con mi hermana, la señora
y mi mujer y mi niño.

JUAN. Así me gusta, así, verte
tan formal y tan pacífico
y hecho un padre de familia.
Hasta luego. (Vase.)
ENR. —Adiós Juanito.
Tan formal, vana apariencia:
con qué placer ahora mismo
echaba una cana al aire,
de las que ya me han salido.

ESCENA DÉCIMA

ENRIQUE y D. BIENVENIDO.

D. BIENV. —(Parece muy campechano.)
ENR. —¡Vaya un tipo!
D. BIENV. —Servidor;
usté es Enrique, el hermano
de María.
ENR. —Sí señor.
D. BIENV. —Me alegro; venga esa mano.
ENR. —¡Caballero!
D. BIENV. —Con franqueza.
ENR. —(Este viejo se propasa.)
D. BIENV. —Ya comprendo su extrañeza;
disculpe mi ligereza
soy amigo de la casa.
Desde mi primera edad
conocí á vuestra tutora
y, en prueba de mi amistad,
uso con usted ahora
de esta familiaridad.
ENR. —Es usted muy dueño don...
D. BIENV. —Bienvenido Camisón.
ENR. Bienvenido, bien venido;
tengo gran satisfacción
en haberle conocido.
Tome usté asiento.
D. BIENV. —Si tal
que es asunto muy formal
el que traigo.
ENR. —¿Qué desea?
D. BIENV. (Con misterio y cierta risita.)
—Yo quiero casarme ¡ea!
ENR. (Pues no me parece mal.)
D. BIENV. Me figuro que á los años
de usted, que á vivir empieza,
creerá caprichos extraños
y hasta ficciones y engaños
de mi ya débil cabeza,

lo que es vehemente pasión
aunque pasión es de viejo;
que este señor Camisón
tras su arrugado pellejo
tiene un jóven corazón.
Aunque pesado me crea
repito pues esta idea
que sorbido trae mi seso:
Yo quiero casarme ¡ea!

ENR. —¿Y á mí que me importa eso?

D. BIENV. —Sí le importa.

ENR. —Abrevie usté.

D. BIENV. Calma jóven; ¡qué impaciencia!
Cuando casarme pensé...

ENR. (Pensaste una impertinencia
de las de marca *pe* y *pe*.)

D. BIENV. (Con afectación declamatoria.)
Yo ví sus ojos, y antojos
tan intensos sintió el alma
que, aún vistos con anteojos,
me arrebataron la calma
los antojos por sus ojos.
Yo ví su cara de cielo
y sentí tan vivo anhelo
que, desde entonces, inquieta
mi razón, no halla consuelo.

ENR. (Adios, me salió poeta.)

D. BIENV. Yo ví su pié diminuto
y ví su cuerpo divino...
Al recordarlo me inmuto;
¡juré vestirme de luto
si me la niega el destino!

EER. —¿Y mi tutora quizá
le produjo efectos tales?

D. BIENV. —¿Doña Anacleta? No, ¡quiá!
la buena señora ya
produce efectos... mortales.
Ha sido un pimpollo tierno
quien con poder soberano
me ha metido en un infierno;
y al no poder ser un yerno
quiero de usted ser hermano.

ENR. —¡Ja, ja, ja! Pobre María.
¡Usted lo ha pensado bien! (Irónicamente.)
Le ofrece... todo un edén;
un amor de... fantasía
y edad de... Matusalén.

D. BIENV. —Sí, de la edad el rigor
me hizo viejo, si señor;
pero tengo tres millones
que son, vamos, tres razones
para parecer mejor.

ENR. —¡Viejo y rico! ¡Qué fortuna
vernos de billetes hartos!
No abrigue usted duda alguna
de que se queda á su *luna* (Dándole en la calva.)
de Valencia y con sus *cuartos*.
Mi hermana que es un modelo
de todas las perfecciones
no tiene otras aficiones
que pensar en Dios, el cielo
y en sus rezos y oraciones.

D. BIENV. —Si su religiosidad
con mi modo se concilia...
Aunque soltero, mi edad
me otorga la gravedad
de los padres de familia.

ENR. —Bueno, pero mi opinión
es que á casarse no acceda.

D. BIENV. —¡Tan linda! En una ocasión
la ví jugando á la rueda
y yo rodé de emoción.

ENR. En fin, señor, basta de
tan ridículos papeles.

D. BIENV. —¿Qué dice? (Con asombro.)

ENR. —Pues digo que
que no se han hecho las mieles
para su boca de usté.
Pues poco que se reiría
ella que es tan inocente
si supiese su manía;
de fijo la contaría
á todo bicho viviente.

D. BIENV. —Es decir, que por las trazas,
de mi amor risa le diera.

ENR. —No hay que dudarlo siquiera;
y le dará calabazas
de la clase que usted quiera.
De este paso no hago caso
que estoy de muy buen humor;
si ha sufrido usté un fracaso
culpe á su... ferviente amor
que le hizo dar tan mal paso.

D. BIENV. —Pues yo insisto, ¡yá lo creo!
Que quiero casarme ¡ea! (Vase.)

ENR. Así está el mundo; yo veo
en cada casado un... reo
y este casarse desea.

ESCENA ONCE

ENRIQUE solo.

Que hermoso encontré á Madrid;
¡qué animación, qué alegría!

Nueve meses encerrado
en capital de provincia
de tercera... ¡qué aburrido
he visto pasar los días!
Tomé el tren, fijé mi asiento
en un rincón de Castilla
y desde allí mandé el parte
de mi boda á la familia.
Por supuesto que la fecha
fué una solemne mentira;
y gracias que así lo hice,
que si nó ¿quién justifica
adelantos prematuros
en...? ¡Ave María Purísima!
—¡Qué hermoso es tu niño!—exclama
al vernos llegar, María.
—¿Qué edad tiene?—Cinco meses.
¡Ah, pues nadie lo adivina
que está muy desarrollado,
Doña Anacleta replica.
Y eso que es sietemesino,
respondo yo; otra mentira
para que ellas no comprendan
de nuestra boda el enigma.
Todo irá bien, desde luego;
tengo á Rosa prevenida
y ya he logrado que sea
á mis mandatos sumisa.
A propósito; estoy sólo.
¿En dónde estarán metidas?
¡Calla y ni lo habia notado...!
Está visto; mi delicia
es el quedarme hecho un tonto
con mi eterna pesadilla. (Llamando)
Rosa, Rosa. No contesta.
Doña Anacleta, María.
(A la puerta de la habitación de Rosa)
Abreme. (Cantando)
«Rosa de Abril
Cándida flor.» Anda hija.

ROSA. (Desde dentro)
—Váyase usted al infierno.

ENR. ¡Canastos! Virgen santísima.
Aquí ha ocurrido algo grave
¡Y yo no me lo temía!

ESCENA DOCE

ENRIQUE Y MARÍA.

MAR. (Saliendo)
Ay, Enrique, yo quisiera...

ENR. —¿El qué?
MAR. —Volver al convento.
ENR. —Hermana. ese pensamiento
me parece una tontera.
Cuéntame, ¿qué te ha pasado
para esa resolución?
MAR. —Nó, nada; la vocación
que siempre le he profesado.
ENR. —Dispénsame, no te creo;
algo te sucede; y mira
ya sabes que la mentira (Sentenciosamente)
es un pecado muy feo.
Tu estás pálida y llorosa;
la verdad debes decirme.
MAR. —Está bien; pues quiero irme
porque ha pasado una cosa.
ENR. —¿En dónde; en mi casa?
MAR. —Sí.
Tuvieron desavenencia
y á faltarles la prudencia
se pegan las dos aqui.
ENR. (Adios, ya pareció aquello.)
¡Si me parece mentira!
MAR. —Doña Anacleta de ira
por poco pierde el resuello.
Todo por mi culpa fué.
ENR. —Por tu culpa... ¿quién te inculpa?
MAR. —Por mi grandísima culpa (Llorando)
porque á tu Rosa escuché.
ENR. —Déjate de esa pamplina
que yo lo arreglaré todo;
y no llores de ese modo
que me entristeces, tontina.
Oye, te traigo un regalo
que es una cosa muy maja. (Cogiendo la caja)
Adivínalo.
MAR. —¿Una caja?
ENR. —Llena de dulces.
MAR. (Con mimo) —¡Qué malo!
ENR. —¡Caramba y qué hermosa pera! (Sacando un dulce)
Cómetela si me quieres;
otra como tú, que eres
una perita en dulcera.
MAR. —¡Ay Jesús! (Probándolo y dejándolo.)
ENR. —¿No te ha gustado?
MAR. —El dulce me está prohibido.
ENR. —Pues hermana, yo no he sido...
MAR. —Si me lo como es pecado.
ENR. —¿Pecado? ¡Qué tontería!
No hay quien tal pecado entienda.
MAR. *(Leyendo.)*
—«No comer dulces» ofrenda

que debo hacer este día.
ENR. —Que no te entiendo repito.
MAR. —¡Ay qué torpeza! Lée aquí.
ENR. (Leyendo la hoja.)
—Ahora lo comprendo, si.
(Bueno está el almanaquito.)
En fin qué le hemos de hacer;
(Dándole la caja.)
Guárdala en tu habitación.
MAR. (Devolviéndola.)
—Es muy mala tentación;
que la guarde tu mujer.
ENR. —¿Mi mujer? nó.
MAR. —Sí.
ENR. —No cedo.
¿Mi mujer? ¿Rosa?
MAR. —Tu esposa.
ENR. (Pues como la guarde Rosa
tu vas á chuparte un dedo.)
—Es mayor el sacrificio (Con énfasis)
mientras más trabajo cuesta.
Ante una acción como esta
Dios dará más beneficio.
MAR. —Es cierto: qué religioso
Enrique te has educado;
tu jamás habrás pecado
¿verdad?
ENR. —Es muy peligroso.
Tan sólo una vez pequé
y Satanás me cojíó
MAR. —¡Qué miedo...!
ENR. —Eso dije yó:
¡qué *jindamitis* pasé!
MAR. —¿Te hizo sufrir el demonio?
ENR. —De una manera horrorosa.
(Como que me dió la esposa,
el suegro y el matrimonio.)
Me dijo así Lucifer:
para purgar tu pecado
estaré siempre á tu lado...
(En figura de mujer.)
MAR. —¿Y cumplió su ofrecimíento?
ENR. —No sé si lo habrá cumplido;
bien es verdad que he tenido
completo arrepentimiento.
MAR. —Entonces de fijo huyó
y no andará junto á tí;
(Vá á abrazarlo y retrocede.)
Hueles á azufre, sí.
ENR. —¿Sí?
Porque lo he tomado yó.
Más, calla; que tu madrina

ya sale y viene hacia aquí.
MAR. —¿Debo de marcharme?
ENR. —Sí;
digo, si quieres monina.
(Vase María y tras breve indecisión se come el dulce antes de entrar en su cuarto.)

ESCENA TRECE

DOÑA ANACLETA, ENRIQUE Y DESPUES ROSA.

D.ª ANAC. —De mi disgusto el motivo
tu hermana te habrá contado.
ENR. —Eso no tiene importancia
y usted debe de olvidarlo.
D.ª ANC. —Olvidarlo, te equivocas;
una mujer de mi rango
perdona pero no olvida
cierto género de agravios.
Después de pensarlo bien
me he decidido; me marcho.
ENR. ¿También quiere usted marcharse?
(Pues señor, si más me tardo
creo que tan sólo encuentro
las paredes y los clavos.)
Marcharse; ¿dónde irá usted?
D.ª ANAC. —Donde no mire ese labio
que alevoso me insultó
y yo no logré arrancarlo.
ENR. —Insultos, quien piensa en ellos.
Agravios, no hay tal agravio.
Son... pláticas de familia;
ya sabe usted el adagio.
D.ª ANAC. —No tal; si posible fuera
que los nobles fijosdalgo
que la inmaculada extirpe
de mi linaje formaron
y mi alcurnia en sus blasones...
ENR. —(Adios, ya estoy aviado.)
D.ª ANAC. —Con pujanza insuperable
siempre con sangre sellaron.
Si los que en rudas batallas
honra obtuvieron y láuros
vieran de su descendiente
el limpio escudo manchado,
el marqués de Montealegre
y el conde de Montelargo
y el duque de Montecorto
y el barón de Montecarlo,
con lenguaje montaraz

dieran sus montes al diablo;
y, sobre campos de gules,
cuarteles ajedrezados,
calderas, cascos y plumas,
lises, espadas y endriagos,
lívido de furia el rostro
yacieran avergonzados:
que el *tángere nolli me*
entre ellos legendario,
es sólo un letrero inmundo:
«vieja bruja y mamarracho.»

ERN. —(Esto sólo me faltaba.)
Arranque tan... nobiliario
estuviera en su lugar
si lo mereciera el caso;
pero mi Rosa es así,
tiene sus cosas... ¿estamos?
ella no anda muy católica...

D.ª ANC. —No, si ya se lo he notado;
por eso la he reprendido
por no ser cristiana.

ENR. —Vamos,
quiero decir que está mal. (Haciendo señas de locura.)
(Yo tengo que inventar algo.)
Es sólo monomaniaca;
tiene delirios á ratos,
no sabe lo que se dice,
y todo hay que dispensárselo.
Ya usted ve cómo será
que una vez armó un escándalo
y por poco no me quedo
por ella, sin hueso sano.

Dª. ANAC. —Tu debiste de advertírmelo.

ENR. —Es verdad, se me fué el santo
al cielo.

ROSA. (A la puerta de su cuarto) —¿Sigues ahí?
Me alegro, porque te aguardo.

ENR. (Rápidamente cogiéndola de la mano.)
—¿También quieres tu marcharte?

ROSA. —Sola no; los dos nos vamos.

ENR. —De aquí no se marcha nadie
mientras yo quiera; lo mando.
¡Vaya, no faltaba más!
¿Quién es de esta casa el amo?

D.ª ANAC. —(Hijo, no la contradigas
no vaya á armar otro escándalo.)

ENR. —Ya reyertas y disgustos
no tolero, se acabaron.
¿Oyes Rosa?

ROSA. (Con humildad) —No creí
te hallaras tan enfadado.

Bueno Enrique, ya me voy
otra vez para mi cuarto.

D.ª ANAC. —(Lo que son siempre las cosas;
tan humilde ha replicado
que ahora me da de ella lástima
y él me parece un tirano.)

ESCENA CATORCE

DICHOS Y JUANITO.

JUAN. —Mira si soy puntual.
ENR. —Qué pronto diste la vuelta.
JUAN —Chico, á mí siempre me gusta
hacer las cosas en regla.
Señoras... á vuestros pies.
ENR. —Mi amigo Juanito Fiestas
un jóven muy apreciable
que quiero desde la escuela.
D.ª ANAC. —Caballero, tanto gusto...
JUAN —El gusto...
ENR. —Doña Anacleta,
mi tutora, y mi mujer..
JUAN —Tanto gusto en conocerlas.
(Hombre y como se parece
esta jóven á mi Pepa.)
D.ª ANAC. —Muchas gracias.
ROS. —(Qué angelito
más *patoso* y con la geta
que *paece* que está de duelo;
y el *gachó* se llama Fiestas.)
ENR. —Ea, dejarse de cumplidos
y basta ya de etiquetas.
Juanito está convidado
á comer en nuestra mesa;
hoy pasará con nosotros
todo el día.
ROS. —(¡Esa es buena!)
JUAN —Sí, por mí no molestarse;
yo soy un... cero á la izquierda.
Tienen el sombrero puesto.
¿Van á salir? Con franqueza...
D.ª ANAC. —Nó, nó, ya hemos regresado;
ahora vinimos de vuelta.
Rosita salió conmigo;
hemos estado de tiendas
comprando unas fruslerías.
ROS. —(¡Qué cumplida y qué embustera!)
JUAN —Hombre, á propósito.
ENR. —Qué.
JUAN —Esas compras me recuerdan

la razón de Don Basilio;
me dijo que el traje crema
lo mandarán enseguida,
pues yá en su poder se encuentra.

ROS. —¿Has comprado un traje?

ENR. —Sí,
un regalito á la nena.

D.ª ANAC. —Pues, con su permiso, vamos
á quitarnos estas prendas.

ENR. —Nosotros nos distraeremos
y...

JUAN —Son ustedes muy dueñas.

D.ª ANAC. —(Estos jóvenes del día
tienen tal maña y destreza
que simpáticos se hacen
no tan sólo á las solteras.)
(Vanse las señoras.)

ESCENA QUINCE

ENRIQUE Y JUANITO.

ENR. —¿Conque te produjo asombro
de mi vida la reforma?

JUAN. —Te juro que, de no verlo,
te creyera otra persona.
Tú, el libertino elegante,
haciendo vida de monja
y el que odiaba el matrimonio
presentándome á su esposa.
¡Ja, ja, ja! Bueno es el mundo,
chico, se ven unas cosas...

ENR. —Qué quieres.

JUAN. —Sí, lo comprendo;
es que te llegó tu hora;
¿no es así?

ENR. —Vaya si es.
Oye Juanito la historia
y no *sueltes* ni una frase;
que mi familia la ignora.
Rosita era modistilla...
una modista preciosa.

JUAN. —Ya adivino lo demás,
tu quisiste en mala hora
ser modisto de modistas
para enterarte de modas;
y fuiste tras de los hilos...

ENR. —Hilos de color de *rosa*
con los que echaron un nudo
que mi garganta aprisiona.

JUAN —Es decir, que te salió

la modista respondona.
Enr. —Lo que me salió fué un padre
que, en un tris, no me acogota.
Entre aquél padre zulú
y un hermanito de Rosa
nos pescaron una noche
después de una comilona
y me dieron un *julepe*...
Juan —¡Qué aventura más chistosa!
Enr. —Hombre, pues lo que es el chiste
no se lo he visto hasta ahora.
Jaun —El padre te dijo:—«Yerno,
se casa usted con su novia,
ó...»
Enr. —No se metió en cumplidos;
me dió de manos á boca
dos puñetazos en el
vacío y quedé en la forma
de una alcayata; enseguida...
¡Ay Juanito! allí fué Troya.
Juan —Si acababas de cenar
no fué pesada la broma;
tendrías lleno el vacío
y no te dolió.
Enr. —¿Te mofas?
Hubiera en aquel momento
querido ser una sombra
ó un cienpies.
Juan —Para ocultarte.
Enr. —Para escapar de la *bronca*
y con todos los cien pies
ponerlos en polvorosa.
Juan —Nó, con una buena vara
ya hubieras...
Enr. —¡Qué idea tan tonta!
¿Una vara? Otros tres pies
para salvar mi persona.
Juan —Pues hijo, ¿y los dos que tienes?
Enr. —Cerca de un cuarto de hora
anduve con cuatro, á gatas;
¡qué felpa tan horrorosa!
Y estuve catorce días
sentado en una poltrona
y en un pie como las grullas;
me partieron una rótula
aquellos dos beduínos;
mira el chiste de la cosa;
que me casé á los dos meses.
Juán —No quisiste verte en otra.
Enr. —Ni que la curia formase
una causa escandalosa
ni dar á los periodistas

materia para sus crónicas.
En fin que, desde aquel día,
tengo ganada la gloria.

JUAN —Y ya eres padre.

ENR. —Si, padre
sin casulla y sin estola.

JUAN —Pues chico, muy mala suerte
esa narración denota.
Yo también tuve mi Pepa,
una morenita hermosa
con un padre... un mastodonte
disfrazado de persona.
Y también la hice el amor
y también le dí la *coba*,
y también tuvo su gancho
y también tuve mi *bronca*.
Pero fué mi desenlace
muy distinto al de tu historia;
yo empecé mi aventurilla
en esta Villaviciosa
y la acabé en... Villadiego. (Haciendo señas de haberse ido.)

ENR. —Esa es una suerte loca.

JUAN —Te advierto que el *Morralete*
que era el padre de mi novia
es hombre de pelo en pecho
y por poco me desloma
y me la tiene jurada;
más yo como si tal cosa,
que á mí no me asusta nadie;
en donde las dan, las toman.

ENR. —Yo en cambio caí en la red.

JUAN —Sí, te pusieron la esposa
ó el grillete que es lo mismo.

ENR. —Hice un pan como unas hostias.

ESCENA DIEZ Y SEIS

DICHOS Y EL MORRALETE Y DESPUÉS ROSA, MARÍA, D.ª ANACLETA Y D. BIENVENIDO.

El Morr. (Entrando y como hablando con alguien.)
—Sí, ya lo sé; muchas gracias.
¿Dan ustedes su permiso?

ENR. —Puede usted pasar; ¿qué quiere?

EL MORR. —El traje que D. Basilio,
un señor comisionista
que me tiene á su servicio,
manda para D. Enrique.

JUAN —(¡El Morralete, Dios mío!) (Muy asustado.)

EL MORR. (Dando lo que indica.)
—Se lo entrego en propia mano

según me ha encargado él mismo;
y esta carta y estas muestras.

ENR. (Pasando la carta.)
—Está bien.

EL MORR. —Pues me retiro.

JUAN —(Gracias á Dios.)

EL MORR. (Aceptando la propina.)
—Muchas gracias.

ROSA (Saliendo.)
—A ver el corte, ¿es bonito?

EL MORR. (Desde el foro.)
—¡Caramba, sobrina Rosa!

D. ANAC. —(¡Jesús! ¿quién será este tio?) (Saliendo.)

EL MORR. —¿Tú en Madrid? Cuanto me alegro.

ROSA —El Morralete, padrino.

ENR. (Cayéndosele el envoltorio que llevaba al cuarto de María.)
—(Ay, á mí me va á dar algo.)

MARÍA (Saliendo.)
—¡Que se echa á perder el lio!

EL MORR. —Dame otro abrazo, sobrina.

ROSA —Con mil amores, tiito.

MARÍA —¿Otro pariente? ¿Quién es?

D.ª ANAC. —(¡Vaya un pariente lucido!)

JUAN —(¡A mí si que me revienta
el parentesco maldito!)

EL MORR. (Viendo á Juanito y cogiéndolo rápidamente por el cuello.)
—¡Tunante!

JUAN —¡Favor, socorro!

EL MORR. —Ahora no te escapas, pillo.

D.ª ANAC. —¿Pero usted se halla demente?
Este hombre ha perdido el juicio.

EL MORR. —Te voy á romper la crisma.

JUAN —¡Ay, favor; al asesino!

ENR. —Oiga, que está uste en mi casa.

EL MORR. (Con calma.)
—Ya que le tengo cogido
me explicaré; no apurarse.
Este charrán señorito
se burló de mi hija Pepa.
De tu prima. (A Rosa.)

ENR. —¡Jesucristo!

EL MORR. —Y pagará lo que debe;
si nó le rompo el bautismo.

JUAN (Con mucho miedo.)
—Yo... no...

EL MORR. (Sacando una navaja.)
—¿Que nó?

D.ª A. Y M. —¡Jesús!

ENR. (Interponièndose y sujetándolo.) —¡Hombre!

JUAN —No... si... no sé lo que digo.

EL MORR. —Juré que cuanto le viera
iba á habérselas conmigo;

y aunque siempre escurrió el bulto,
ahora cayó en el garlito.

D.ª ANAC. —Ay, qué lástima de jóven
en qué familia ha caido.

ROSA —Oiga usted, qué es en la mía
la de Enrique, mi marido.

EL MORR. —Otro, que tambien se trajo
las mañitas de su amigo.

Dª. ANAC. —¡Era *rosa* con espinas...!
Me lo habia presumido.

MARÍA —*¿Tu quoque?*

ENR. —¡Voto al infierno!
Esto ya no lo resisto.
Hágame usted el favor;
si mal se portó mi amigo,
él sabrá de qué manera
ha de purgar su delito;
pero eso es cosa de ustedes;
no debemos ser testigos
de escenas de cierta clase
que ceden en desprestigio
de mi familia.

EL MORR. —Está bien.
Véngase usted, amiguito;
mejor se arregla este asunto
estando los dos solitos.
(Coje á Juan por una oreja.)

JUAN —Pero... sí señor... me caso.
(Este me desuella vivo.)
(Vánse el Morralete y Juan, y tropiezan con D. Bienvenido.)

D. BIENV. —Ay, ay.

EL MORR. —¿Vá usted ciego?

D. BIENV. —Ciego
y las estrellas he visto...

ESCENA DIEZ Y SIETE

TODOS MENOS LOS DOS CITADOS.

ENR. —(Esto sólo me faltaba.)

D. BIENV. —Señora Doña Anacleta... (Con alegria.)

D.ª ANAC. —D. Bienvenido, felices; (Con sequedad.)
¿se hizo usted daño?

D. BIENV. —Esta pierna
sólo un poco resentida.

ENR. —(Y que no te la partieran,)

ROSA —(¡Jesús, que viejo más raro!)

D. BIENV. —Antes también vine á verlas
y hablé con su ahijado Enrique.

D.ª ANAC. —Siempre usté á su casa llega.

MARÍA —(¿A qué vendrá este buen viejo?)
D. BIENV. —Pues, como insisto en mi idea
me dije: á salir de dudas,
la ocasión puede ser buena,
yo suelo ser oportuno...
ENR. —¡Oportunísimo! Esta
la cojió por los cabellos.
(Por donde yo te cojiera
si no estuvieras tan calvo.)
D.ª ANAC. —Vamos, Camisón, ¿qué nuevas
son esas que usted nos trae?
D. BIENV. —No son ni nuevas ni viejas;
son... nobles aspiraciones
que vagan por mi cabeza
y quiero ver realizadas;
que pienso en casarme ¡ea!
D.ª ANAC. —D. Bienvenido, esas cosas
á pesar de su franqueza (Con mimo.)
son para hablarlas los dos,
si á los dos nos interesan.
ROS. —(Miren también la jamona,
qué entusiasmada y qué tierna)
D. BIENV. —Interesarle... no mucho.
ENR. —(Salga el sol por Antequera,
porque más no me contengo.)
Madrina, el señor desea
casarse con una jóven;
quiere dar su nombre y rentas,
á mi hermana.
MARÍA —*¡Vade retro*
Satanás! (Haciendo la cruz y amparándose de Enrique.)
ENR. —(¡Chúpate esa!)
ROSA —(Este viejo está *alelao*,
de seguro que chochea.)
D.ª ANAC. —Don Bienvenido, por Dios,
¿usted perdió la chabeta?
D. BIENV. —Ay, son pasiones de viejo
y por tanto muy intensas;
me parece que al decirlo
no cometo una torpeza.
D.ª ANAC. —Sí, Camisón, que se mete
en once varas y media.
(Con rabia.)
Mariquita, no hagas caso.
ROSA —(Bien hace el papel de suegra.)
MARÍA —Si yo ni miro, ni escucho;
me da miedo el que me vea.
ENR. —Bienvenido ó mal llegado
ya sabe usted la respuesta
que esperaba, conque ahora... (Indicándole que se vaya.)
ROSA —(A este Camisón le dejan
sin puños y sin tirilla

como no tome la puerta.)
ENR. —Vamos. ¿A qué espera usted?
D. BIEN.V. —He entendido la indirecta.
ENR. —Pues si la entendió, ya sabe,
que yo también digo: ¡ea!
D. BIENV. —Y que todas me desairen...
¡Maldita mi suerte perra...! Váse.
ENR. —Adios, seductor de siglos; (Al foro.)
Adios, Tenorio en conserva.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS MENOS D. BIENVENIDO.

ENR. —Sé lo que va usted á decirme (A Doña Anacleta)
y quiero ahorrarle el trabajo:
hermana, desde este instante
mi esposa y yo, nos mudamos.
Usted, cariñosa siempre,
seguirá con el encargo
de hacer que no se marchite
esta hermosa flor de Mayo;
así en paz nos llevaremos,
no como perros y gatos.
(Adelantándose al proscenio con María.)
Y ahora, niña inocente
que tan celosa,
huyes las tentaciones
pecaminosas,
fíjate en lo que has visto
y aprenderás
que quien los vicios busca
concluye mal.
Pues muchas veces suele
la Providencia
poner en el pecado...
la penitencia.

TELÓN

FIN

FÉ DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
19	8	que sorbido trae mi seso:	que ha sorbido ya mi seso.
28	1.ª	la modista respondona.	la modista, una señora.
25	38	no se marcha nadie.	nadie se me marcha.
30	35	á habérselas conmigo.	á hacerlo picadillo.
31	4	en qué familia ha caido.	¡en qué familia Dios mío!

OBRA DEL MISMO AUTOR

El Paso á cuatro, zarzuela en un acto en prosa y verso.